

La Matute y los niños

Por PEDRO M. VÍLLORA

A sus 81 años, la autora de *Olvidado rey Gudú* sigue siendo una referencia imprescindible tanto para niños como para mayores.

La Matute es mala y perversa, parece una bruja; cuenta historias de niños que mienten, de reyes soberbios y vanos, de cobardes y perezosos que merecen castigo. La Matute es buena y deliciosa, parece un hada, una abuelita sonriente y bondadosa de cabellos blancos; los niños se reúnen alrededor de su falda y ella les habla de lugares mágicos, de sueños posibles, de premios y recompensas, del rayo de Luna que se alberga en los ojos. La Matute asusta, amenaza con el augurio de una madurez gris y anodina, con el olvido inevitable y el corazón endurecido, la congoja inefable, la emoción amarga. La Matute promete la alegría constante, la belleza eterna, los juegos que no terminan y en los que nadie pierde, el bienestar perpetuo, el infinito viaje.

A los cinco años, la Matute ya lo había escrito todo y aún no había escrito casi nada. En *Cuentos de infancia*, Ana María recupera un brevísimo texto, *El duende y el niño*, apertura de un cuaderno titulado *Fantasías* que quizá habría que considerar su primer libro. Pepito, un niño de su misma edad, quiere un traje de marinero y se lo pide a un duende, pero es demasiado perezoso como para entretenerse en tomarse

medidas y la ropa no le sienta bien: “y el duende le dijo que viera lo que le había pasado por perezoso, y a los perezosos todas las cosas les salen igual”. Ana María, a los cinco años, se permitía dar lecciones y además con razón.

Si no una lección, la Matute insiste en que toda su obra es tanto una protesta como su manera de estar en el mundo. En los casi setenta años que separan *El duende y el niño* de *Aranmanoth*—su última creación publicada, a la espera de *Paraíso inhabitado*—, Ana María ha construido un mundo reconocible en el que no tiene sentido la distinción entre fantasía y realidad. La verosimilitud de su imaginario estriba en la confluencia de elementos mágicos y cotidianos en un mismo lugar y con semejante valor, en la equiparación entre el sueño y la vigilia, el orden y el caos, lo común y lo maravilloso. Todo ello sin concesiones al escapismo, sin permitir que los personajes se instalen en el ámbito de lo sublime para escapar de las obligaciones cotidianas.

Los suyos son seres conscientes del mal. Pueden huir durante un tiempo, pretendiendo dar la espalda a los problemas en tanto se descubren a sí mismos, pero son sensibles hasta el exceso y saben que su herida interior

Ana María Matute con su hijo Juan Pablo, en la década de los 50.





“A lo largo de su obra, Ana María ha construido un mundo reconocible en el que no tiene sentido la distinción entre fantasía y realidad”.

sólo comenzará a cauterizarse cuando afronten las raíces del daño, aunque también sea cierto que la llaga jamás se restañará por completo. Si se acepta que entre sus ambiciones literarias está la protesta, esta no puede conformarse con ser pasiva: exige acciones positivas, dinámicas, vitales. Precisa de decisiones de carácter ético, promueve la mejora de la voluntad y, consecuentemente, de la conducta, del comportamiento.

Toda la literatura de la Matute se crea sobre la diferencia entre ingenuidad e inocencia. La primera es patrimonio de los iluminados, de los débiles y acaso de los inanes. Como Ana María es sensible pero no sensiblera, entre sus hábitos no están ni la mezquindad ni la debilidad de espíritu. Más propia le resulta la inocencia: la vocación de trabajar al margen del mal, como si el mal no existiese y no pudiese contaminarnos, pero sabedores de que su amenaza es real. *El duende y el niño* termina con estas palabras: “Entonces Pepito no volvió a ser perezoso”. Pepito advierte su error y, en vez de dejarse do-



ANA MARÍA MATUTE

minar por él, lo corrige. Esa es la Matute a los cinco años y después de los ochenta.

Sin embargo, ni los personajes ni sus lectores potenciales tienen, en su mayoría, la edad de Pepito. Ana María no es una escritora para niños, o no primordialmente. Su edad favorita desde un punto de vista creador es la adolescencia, la juventud, el momento en que algunos niños —“algunos muchachos”—dejan de serlo al perder la luz de Luna de sus ojos, otros evidencian que ya nacieron viejos, y los menos —los más afortunados— logran conservar para los restos su curiosidad, la capacidad de asombrarse. Si los escritos en su niñez son los *Cuentos de infancia*, sus obras infantiles son las publicadas bajo el título conjunto de *Todos mis cuentos*. En ese volumen no están los relatos —y nótese la diferencia que hace entre relatos y cuentos— protagonizados por niños pero dirigidos a un lector joven o adulto: ni los recuerdos de *El río* —el único libro que reconoce autobiográfico—, ni el retrato cruel de *Los niños tonotos*, ni el tan extraordinario como desolador *Libro de juegos para los niños de los otros*.

Esos «cuentos» verdaderos son en ocasiones ecos de los *Cuentos de infancia*, y no sólo de los escritos entonces y que al crecer y percutir se convirtieron en *El país de la pizarra* o *Sólo un pie descalzo*, sino de los que leyó y la mar



ANA MARÍA MATUTE



ANA MARÍA MATUTE

“En su obra hallamos primero a una niña escribiendo para sí y, más tarde, a la autora escribiendo para la niña que fue”.

caron de manera indeleble hasta el punto de llegar a reescribirlos: *El verdadero final de la Bella Durmiente*. Todos estos son, según ella, textos escritos con amor. Piensa en lo que a ella le gustaría de niña y escribe según esa percepción. De ahí que *Cuentos de infancia* y *Todos mis cuentos* sean tal vez partes complementarias de un mismo libro donde hallamos primero a una niña escribiendo para sí y, más tarde, a la autora escribiendo para la niña que fue.

La Matute ama a los niños, aunque no se lo

merezcan. A los mayores no tanto, según merecemos. Para los primeros escribe con talento y amor. Para nosotros lo hace con talento, con ardor y con rabia. Si a los cinco años ya escribía como ahora, ¿los que la leemos seguimos siendo niños o es que esa niña genial que nunca ha dejado de serlo se ha dedicado desde siempre a fustigarlos y asombrarnos a nosotros, los viejos? Ana María Matute, la perversa, la inocente, la mejor.

Pedro M. Villora es autor del estudio sobre los cuentos de Ana María Matute titulado *Casa de juegos prohibidos* (Espasa Calpe, 1997). Más información sobre la escritora en su página web oficial, www.anamaria-matute.com. Las ilustraciones que acompañan el artículo pertenecen al libro de Ana María Matute *Cuentos de infancia* (Ediciones Martínez Roca, 2002).



ANA MARÍA MATUTE

El duende y el niño

Pepito era un niño que nunca había tenido un traje de marinero, tenía 5 años, y era de lo más perezoso que se ha podido ver.

Un día fue a su cuarto y llamó al duendecito, éste salió del cajón de la mesilla dando un salto desde ella hasta el suelo, ¿qué quieres ahora?, le preguntó el duende. Pepito dijo que tenía un traje de marinero azul marino, y el cuello con una raya alrededor blanca.

Enseguida el duende le trajo uno pero luego se lo llevó porque no tenía las medidas, y

el duende llamó a Pepito diciéndole que le diera las medidas, pero como era tan perezoso no quiso porque tenía pereza.

El duende le trajo uno, se lo puso y le estaba muy corto, tan corto que se le veían la camisa y los calzoncillos. Le llamó otra vez y le dijo que uno más largo.

El duende se lo trajo, se lo puso y le estaba larguísimo, los pantalones le colgaban, la blusa le caía por las rodillas y las mangas por encima de las rodillas, estaba feísimo.

Le llamó al duende y le dijo que era muy tonto, y el duende le dijo que viera lo que le

había pasado por perezoso, y a los perezosos todas las cosas les salen igual.

Entonces Pepito no volvió a ser perezoso.

FIN
DEL
PRIMER
CUENTO

Las ilustraciones que encabezan la página reproducen el texto original de Ana María Matute y están recogidas en su libro *Cuentos de infancia* (Ediciones Martínez Roca, 2002).